

DON FAUSTINO. ¿Qué pasa?

BERRUGUETE. ¡Las doce ya! ¡A mí me van á echar á la calle! ¡Todavía no he parecido por mi oficina!

MANOLITA. Ni yo por mi casa. Y Sarmiento me dijo que no almorzaba hasta que fuese yo. ¡Y tenemos arroz á la valenciana y estará pasado!... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Cualquiera lo oye! Hasta luego, ¿eh?

BERRUGUETE. Hasta luego.

DON FAUSTINO. Vayan con Dios.

GONZALO. Adiós, Manolita, Adiós, Evaristo.

Manolita va á irse por la puerta de la derecha y Berruguete por el foro. Á mitad de camino cambian de parecer y ella se marcha por el jardín y por la derecha Berruguete.

MANOLITA. Por aquí me coge más cerca.

BERRUGUETE. Y á mí por aquí.

MANOLITA. Rigodón, rigodón...

DON FAUSTINO. Ande usted: vamos allá dentro.

GONZALO. Yéndose por la puerta de la izquierda con don Faustino, después de mirar atentamente á Gracia, que sigue abstraída. ¿Qué piensa?

GRACIA. Como resumiendo sus reflexiones y con los ojos fijos en el suelo. ¿Cuál es vuestra fuerza, insensatos, si no podéis secarle ni la inteligencia ni el corazón?...

Pausa.

GRACIA. Andando maquinalmente por la escena. Es incomprendible lo que sucede... incomprendible... Cada día nuevas dificultades... ridículas todas... ¡Lo que debe de sufrir Gonzalo!... La gente es mala sin saberlo...

Llega José Ramón por el jardín, y se dirige á Gracia, que no lo ve llegar.

JOSÉ RAMÓN. Gracia.

GRACIA. ¡Ah! José Ramón.

Se dan la mano.

JOSÉ RAMÓN. ¿Recibió usted la carta mía?

GRACIA. La recibí. Siéntese usted.

JOSÉ RAMÓN. ¿Está usted mala?

GRACIA. No. Inquieta, nerviosa... Allá dentro está Gonzalo: ¿quiere usted que lo llame?

JOSÉ RAMÓN. Prefiero hablar con usted primeramente.

GRACIA. ¿Alguna buena novedad? José Ramón la mira como sorprendido de la pregunta y luego niega con la cabeza. ¿Ninguna?

JOSÉ RAMÓN. Ninguna.

GRACIA. Hable usted, entonces.

JOSÉ RAMÓN. Como sé lo que en esta casa se estima y se protege á Gonzalo, venía á ver á usted y á su padre para que cambiásemos impresiones... sobre algo muy triste... muy amargo... pero, á mi modo de ver, inevitable ya.

GRACIA. Avisaré á mi padre ahora mismo.

JOSÉ RAMÓN. Déjelo usted. Así como así, no me pesa hallarla á usted sola. Acaso sea mejor para todos.

GRACIA. Me pone usted en cuidado, José Ramón.

JOSÉ RAMÓN. Pues nada le voy á decir que usted no sepa.

GRACIA. ¿Y es ello? ¿Querrá usted creer que estoy temblando?

JOSÉ RAMÓN. Yo también: pero yo de lo que tiemblo es de ira. Vamos á ver, Gracia; con ruda

franqueza, como á mí me gusta hablar siempre: ¿cree usted que los que de veras queremos á Gonzalo debemos permitir que siga adelante en esta aventura desdichada?

GRACIA. ¿Por qué no? ¿Tanto le asustan á usted los obstáculos?

JOSÉ RAMÓN. Los obstáculos, no: lo que significan. Veo á la gente en una actitud, que hace muy poco airosa la de Gonzalo.

GRACIA. ¿Qué?

JOSÉ RAMÓN. Sí. La humillación para quien pide es indudable si ha de ser regateada la limosna.

GRACIA. ¿Y no será honrosa esa humillación, ya que usted le ha dado ese nombre, si el fin se realiza?

JOSÉ RAMÓN. Es que dudo... no dudo, digo mal; es que creo que no se realiza. Siempre me pareció locura, muy propia de Gonzalo, que ve la vida color de oro, querer hacer una obra buena contando con la gente.

GRACIA. ¿Tan mal concepto tiene usted de ella?

JOSÉ RAMÓN. El peor. ¿Hay nada más indiferente, más egoísta... ó más malo? La conozco bien. Como vivo desde niño en una soledad dolorosa, y he necesitado tanto de la gente para vivir, sé muy bien de lo que es capaz. Donde haya gente, lance usted una mala idea, una calumnia, verá qué pronto agarra. Yo respondo de ello.

GRACIA. ¿Es que quizás se dice de Gonzalo...?

JOSÉ RAMÓN. Lo que se dice, no quiera usted saberlo. Lo que se hace, usted lo ve.

GRACIA. Entonces, José Ramón—y ahora invoco yo aquella franqueza de que usted hablaba,—si usted fuera el autor de los proyectos de Gonzalo, ¿qué haría?

JOSÉ RAMÓN. Haría... lo que quiero que Gonzalo haga. Pero antes de aconsejárselo á él, deseaba yo saber si usted creía prudente y atinado mi consejo.

GRACIA. Sí lo creo... pero es tan triste desistir...

JOSÉ RAMÓN. ¿Y qué hemos de hacerle nosotros?

GRACIA. Si hubiera una solución decorosa... un medio de continuar dignamente...

JOSÉ RAMÓN. ¿Cuál, Gracia? Eso es imposible...

GRACIA. Imposible... imposible...

JOSÉ RAMÓN. Digo, á mí se me figura que dignamente...

GRACIA. Dignamente... claro...

Pausa. José Ramón observa á Gracia, cuyo rostro se ilumina y alegra de improviso. Desde ahora sigue hablando con él estimulada por una idea fija que se graba en su mente.

JOSÉ RAMÓN. ¿Qué piensa usted?

GRACIA. Que sí... que dignamente no es posible... ¿verdad?

JOSÉ RAMÓN. Ese es mi tema.

GRACIA. Sí, sí, que desista. Él estaba ya en ello.

JOSÉ RAMÓN. ¿Él?

GRACIA. Sí, sí... Se conoce que también ha advertido...

JOSÉ RAMÓN. ¿Le ha dicho á usted algo?

GRACIA. Lo mismo, lo mismo que usted...

JOSÉ RAMÓN. ¿Lo mismo que yo?

GRACIA. No en balde son ustedes tan amigos... Yo no le hice caso... creí que serían sus vehemencias... Pero es lo mejor, no cabe duda...

JOSÉ RAMÓN. ¿Lo cree usted sinceramente?

GRACIA. No lo diría, si no. Nada, nada, es cosa resuelta. Del Asilo no se hable más.

JOSÉ RAMÓN. Pero ¿se alegra usted?

GRACIA. Cuando se toma el mejor partido en las cosas, siempre hay motivo de alegría.

JOSÉ RAMÓN. Gonzalo va ganando con ello.

GRACIA. Va ganando, sí... Ha tenido usted una inspiración.

JOSÉ RAMÓN. Como conozco el mundo...

GRACIA. Claro.

JOSÉ RAMÓN. Seguir adelante sería prolongar el suplicio.

GRACIA. ¿Qué habla usted de seguir adelante? Ya no, ya no... ¿Usted también se ríe?

JOSÉ RAMÓN. Me alegra que esté usted tan convencida.

GRACIA. Y á mí me alegra estarlo. ¡Qué locura! Pero ¿cómo no había visto yo...?

JOSÉ RAMÓN. ¿Qué?

GRACIA. Esto; lo que la gente es... lo que usted me dice... José Ramón, usted es un gran amigo de Gonzalo. ¡Cuánto me complace que haya usted venido! De veras, de veras.

JOSÉ RAMÓN. (¿Se burla esta mujer de mí?)

Sale GONZALO por la puerta de la izquierda para despedirse.

GONZALO. Gracia... Hola, José Ramón: ¿tú aquí?

JOSÉ RAMÓN. Hola, Gonzalo: aquí me tienes.

GRACIA. Por poco sorprende usted nuestra conspiración.

GONZALO. Pero ¿conspiraban ustedes?

JOSÉ RAMÓN. Y en favor tuyo.

GONZALO. Á ver, á ver...

GRACIA. Sencillamente, que hemos resuelto que desista usted de sus quimeras humanitarias.

GONZALO. ¿Por fin me da usted la razón?

GRACIA. Por fin. He necesitado que venga su amigo de usted para convencerme.

GONZALO. ¡Cuánto me alegro yo de las dos cosas!

JOSÉ RAMÓN. Con todo, si quieres que por algún otro camino intentemos...

GONZALO. Después de mirarlo muy fijamente, de un modo extraño. No.

JOSÉ RAMÓN. Como tú quieras.

GRACIA. No.

JOSÉ RAMÓN. Ya sabe usted lo que le he dicho. Ese es mi criterio. Vente, Gonzalo, y charlaremos hasta apurar el tema.

GRACIA. Permita usted que se quede aquí unos minutos. Tengo que hablarle yo.

JOSÉ RAMÓN. Ah, bueno.

GONZALO. ¿Usted, Gracia?

GRACIA. Sí.

JOSÉ RAMÓN. Despidiéndose. Pues, amiga mía...

GRACIA. Mire usted que no es puñalada de pícaro...

JOSÉ RAMÓN. No importa. Luego nos veremos. Yo, de todas maneras, iba á marcharme ya.

GRACIA. Adiós, entonces. No quiero detenerlo. Y crea usted que si hay oportunidades en la vida, ninguna tan feliz como su visita de hoy. Me alegro de ella como de pocas cosas.

JOSÉ RAMÓN. Sin entenderla. Por Dios... Hasta luego, muchacho. Nada te digo, ¿eh? Ya sabes quién soy yo.

GONZALO. *Mirándolo como antes.* Sí: ya lo sé.

JOSÉ RAMÓN. Adiós, Gracia. A su padre de usted mis respetos. Vase por el foro descompuesto por la insistente mirada de Gonzalo.

GONZALO. Como desechando una mala idea. No puede ser, no puede ser...

GRACIA. ¿Qué, Gonzalo?

GONZALO. Tanta miseria me ha hecho pensar el mayor disparate del mundo. ¿Quién lo evita?

GRACIA. Déjese usted de pensar disparates, y dígame á mí.

GONZALO. Impaciente me tiene la curiosidad.

GRACIA. Ello es una cosa que ha de saber usted primero que nadie...

GONZALO. ¿Sí?

GRACIA. Tal como ha nacido en mi pensamiento quiero yo que pase al de usted: sin que nadie la modifique ni aun para mejorarla. Es idea mía, completamente mía: se me ha ocurrido hace un momento y estoy rabiando por decírsela á usted.

GONZALO. Y yo por que usted me la diga.

GRACIA. Bueno, pues... No; vamos por partes. ¡Ay, qué angustia, tener que empezar siempre por el principio! Contésteme usted á esto.

GONZALO. Hable usted, Gracia.

GRACIA. Supongo que da usted por definitivamente fracasado...

GONZALO. Ah, pero ¿es sobre lo mismo?

GRACIA. Contesté usted.

GONZALO. ¡Y qué remedio queda! No quiere esto decir que yo desista en absoluto de mi empeño: ¡eso no! ¡Ya lo realizaré algún día!... ¡Lo que rechazo desde luego, es el auxilio que me regatean los que no son capaces de entenderme! Esta misma tarde pienso decirlo á quien me quiera oír. Aquí fué Troya... Los amigos que estaban á mi lado, muchos ó pocos, lo sentirán conmigo, con ustedes; los que me ayudaban por compromiso respirarán á gusto, como quien se libra de una carga onerosa; los indiferentes se encogerán de hombros, y los que se alegren del fracaso... ésos... bastante tienen con su alegría.

GRACIA. Muy bien, Gonzalo. Me encanta que hable usted de ese modo. Y ahora me toca á mí. No se entristezca usted mucho todavía, ni llore por imposible y desbaratado su intento... Los niños pobres de Guadalema, de quienes nadie se ha preocupado aquí hasta que há habido un Gonzalo Vega que piense en ellos, tendrán amparo y protección.

GONZALO. ¿Qué dice usted?

GRACIA. Esta idea, que no lleva en mi pensamiento más que unos minutos de vida, se conoce que es antigua en mí, por las raíces con que ahora la noto y por el tesón con que estoy decidida á defenderla. El Asilo se levantará, y si me apuran mucho, dará en el cielo con la cruz de su torre.

GONZALO. ¿Cómo? ¿Usted?...

GRACIA. Mi fortuna es grande; si no tanto como quiere la leyenda, todo lo que á mí me conviene ahora. ¿Cree usted que estará mal empleada una parte de ella en costear las obras del Asilo?

GONZALO. Por Dios, Gracia, eso es un sueño de usted... Hermoso, pero sueño... No se puede pensar sólo con el corazón. ¿Imagina usted que yo debo aceptar?... Piense usted en la gente que nos rodea...

GRACIA. Pero si lo hago para no pensar en la gente...

GONZALO. ¿No le asusta á usted lo que dirían?

GRACIA. Á otra mujer, tal vez. Á mí, no. Estoy acostumbrada á hacer mi voluntad, despreciando el parecer ajeno. Usted lo sabe.

GONZALO. Me aturde usted, Gracia. Admiro esa grandeza de que no soy capaz. Á mí una sola mirada del prójimo me hiere en lo más vivo. Pero, aunque así no fuera, yo no debo consentir que arrostre usted el despecho de todos.

GRACIA. Si usted no tiene nada que consentir, criatura. Si es que yo, que voy á edificar una casita, lo llamo y le digo: usted que entiende de esto, Gonzalo, ¿me quiere ayudar?

GONZALO. ¿Y con su padre, ha consultado usted?

GRACIA. ¿Cuándo? ¿No oye usted que esto es una improvisación? Además, á mi padre jamás le consulto yo para nada bueno; y como, que yo sepa, no hago nada malo... pues, ahí verá usted, no le consulto para nada.

GONZALO. Es usted singular... Conmueve usted con lo que dice los que yo consideraba sólidos cimientos de mi carácter. Fuera, fuera temores pueriles, aprensiones de niño mimado... Venza lo que debe vencer. Aquí está mi pecho, dispuesto á recibir todas las heridas, pero abierto á la compasión y á la gratitud... Gracia, amiga ideal, haga usted lo que quiera: ¿quién soy yo para torcer su albedrío, si me hallo desconcertado y confuso ante usted, y lo que débilmente rechaza mi pensamiento estremece mi corazón hasta hacerme llorar?...

GRACIA. Usted siempre agrandando las cosas...

GONZALO. No, Gracia: perdóneme usted este arranque de sinceridad y de noble egoísmo, ya que estamos hablando íntimamente. Usted no sabe lo que pasa por mí, y nadie con más derecho que usted á saberlo. Soy un niño: las lágrimas no me dejan hablar... Yo no vivo con mi presente sólo: á la realidad de mi presente llevo siempre ligada como una reliquia la idea de mi pasado. Y créame usted: en este momento, mi orgullo se estremece al ver que el hijo de Vega el herrero, cuya ambición es insensata, llega adonde quiere conducido por la mano de una mujer ilustre, noble, buena... y hermosa.

GRACIA. Calle usted, calle usted...

GONZALO. No puedo. Me parece que me hallaba en una caverna oscura, tenebrosa, buscando en vano la salida, un resquicio de luz para orientarme, y de pronto, allá lejos, en una revuelta ignorada, he descubierto un punto luminoso; he corrido hacia él frenético de alegría, lo he visto

agrandarse, agrandarse... y al fin he salido al campo libre, á los montes, al cielo, al sol, y he respirado con avaricia el aire puro...

GRACIA. ¡Gonzalo!

GONZALO. El empleo de mi vida ha sido soñar; entre las páginas de mis libros están mis sueños de gloria y de amor, como si fueran flores disecadas... Pero, con soñar tanto, nunca imaginé que los obreros de mañana, los artifices, los hijos del trabajo, los niños de hoy, pudieran bendecir nuestros nombres juntos...

GRACIA. Nuestros nombres juntos...

GONZALO. Sí. ¿Llora usted, Gracia?

GRACIA. ¿No lo ve usted?

GONZALO. Esas lágrimas son para mí un premio inestimable.

GRACIA. No son más que el rocío de las flores de sus libros de usted...

GONZALO. Gracia, ¿qué quiere usted decirme?

GRACIA. Déjeme usted, Gonzalo...

GONZALO. ¿Por qué tiembla usted?... ¿Por qué tiemblo yo?...

GRACIA. Los dos temblamos por lo mismo.

GONZALO. ¿Serás tú verdad también, delirio de mi vida?... Gracia asiente delicadamente con la cabeza. Con ansia amorosa. ¿Sí?

GRACIA. Casi sin voz y sin palabra. Sí.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es por la tarde y en el mes de Octubre.

DON FAUSTINO aparece sentado, con un periódico en la mano. BERRUGUETE sale por la puerta de la derecha, sin sombrero, pero con una preocupación en la cabeza.

DON FAUSTINO. ¿Quién era?

BERRUGUETE. Nadie. Efectivamente, no habían llamado.

DON FAUSTINO. ¿Lo ve usted?

BERRUGUETE. Es que hoy tengo yo motivos para creer que llaman á todas horas.

DON FAUSTINO. Claro: como no ha ido usted á la fiesta...

BERRUGUETE. No es eso, no...

DON FAUSTINO. ¿Por qué se ha quedado usted, cuando han ido todos?

BERRUGUETE. Porque para algo me ha hecho usted secretario suyo, dispensándome un altísimo honor.

DON FAUSTINO. El honor es para mí, señor de